

# Un humanista ejemplar<sup>1</sup>

AL FUNDAR EL WHITNEY HUMANITIES CENTER HACE veintitún años, el entonces presidente Bart Giamatti se proponía iniciar algo diferente en Yale. «Debería ser uno de los sitios en Yale donde la labor radicalmente humana de utilizar la mente avanzara más allá de los límites definidos por la metodología, las tradiciones o las capacidades de los individuos o los departamentos». Esta labor radicalmente humana de utilizar la mente, para repetir la hermosa definición de Giamatti, se realiza principalmente en una considerable soledad —todos conocemos la soledad del oficio de escribir—, pero también requiere lo que tenemos hoy aquí: el encuentro físico con los otros para realizar juntos esas otras actividades también radicalmente humanas: hablar, abrazarnos, comer, hablar, hablar, hablar, hablar. La repetición del verbo hablar no es un error, es la descripción de lo que ocurre cuando hay al menos un cubano en el grupo.

Al hablar con Roberto hace unos días, hizo algo a lo que ya estamos acostumbrados, definir claramente qué es lo que tenemos que hacer en cada ocasión: «Oye, chica...». O tal vez fue: «María Rrrrosa..., tú vas a hablar en inglés y muy poco... y yo voy a hablar en español y mucho más...». Esto no es sólo un robertismo, también refleja el temor a la Fidelitis, o sea, que cualquier cubano que agarre un micrófono ante un público a las 9:30 de la mañana va a empezar a hablar en español sin parar hasta el almuerzo.

En la cena de anoche tuve una pequeña revelación. John Gadis, el eminente especialista en Guerra Fría de Yale, y su mujer, Toni Dorfman, distinguida autora y directora de teatro, me habían invitado a cenar con su antigua amiga Elzbieta Sklodowska. Cuando Toni le preguntó si

---

<sup>1</sup> Resumen de las palabras de bienvenida al Simposio sobre Literatura Cubana «Cuba—100 Years of Independence, a Century of Literature», celebrado en Yale del 4 al 5 de octubre de 2002.

era su primera visita a Yale, ella dijo que no, y a continuación le describió su primera experiencia aquí. «Yo era una simple estudiante universitaria, con dos largas trenzas, llegada de Polonia, y no conocía a nadie, pero tenía una carta de presentación de mi profesor, que le entregué a Roberto. Y este gran e importante profesor me acogió, me llevó a la biblioteca y me abrió todas las puertas, a mí, que no era nadie». A medida que la escuchaba, me daba cuenta de que probablemente casi todas las personas que nos hemos reunido hoy aquí podríamos contar una historia similar. Que el lazo real que nos une es Roberto; que la razón por la que estamos aquí, por la que esta conferencia existe, incluso la razón de que el estudio de esta rama de la literatura exista a este nivel académico, tan sofisticado y canónico; todo esto se lo debemos a Roberto, y que mi verdadera función aquí hoy no es realmente presentarlo, sino reconocer esto públicamente. La verdad es que hoy estoy aquí en Yale por esa misma enorme generosidad que se refleja en la historia de Elzbieta, que es sólo una entre las mil y una que podrían contarse. Que su generosidad y bondad, en igual medida intelectual y personal, son el lazo que nos une. En aquel discurso de Giamatti de hace veintiún años, él citaba a Quintiliano sobre lo que constituye el humanista ejemplar: «Un hombre bueno con el don de la palabra. Pero ante todo debe poseer aquella cualidad que Cato coloca en primer lugar y que es, dentro de la naturaleza de las cosas, aquella de la mayor importancia, es decir, debe ser un buen hombre».

Cuando llegué al campus de Yale por primera vez, en febrero de 1986, Roberto me había invitado a dar una conferencia sobre filología medieval y llegué en tren desde Filadelfia, advirtiéndole muy claramente que tenía que regresar esa misma noche porque aún estaba amamantando a mi bebé de cuatro meses. Terminada la conferencia, Roberto me llevó a la cena tradicional en Mory's, y a partir de ahí comenzó la pesadilla típica de New Heaven para conseguir un taxi. Pese a que habíamos solicitado uno por teléfono, y más de una vez, ninguno llegaba, y a medida que los minutos pasaban y se acercaba el momento de tomar mi último tren para Filadelfia, Roberto se iba poniendo más y más frenético, ya que no había traído su propio automóvil. Allí estábamos en medio de la calle York, y Roberto bastante más frenético que yo, pues creo que pensaba que una mujer en proceso de amamantar a la que se le pasaba su hora podía explotar de alguna manera terrible que él nunca había visto ni quería imaginar. Entonces, en el último minuto posible para alcanzar el tren, vimos llegar a un taxi, pero... «Ay, coño, no, me cago en su madre...». Vimos que ya había un pasajero dentro de él... y que no venía a recogerme a mí. Así que Roberto hizo lo que solamente Roberto haría, se paró en el medio de la calle de modo que el taxi tenía que parar o atropellarlo. Y realmente parecía que iba a pasarle por encima. Una parte de mí se quedó de piedra contemplando esta escena sin tener ninguna idea de cómo iba a terminar, medio paralizada de temor... ¿Quién era este hombre tan loco? Llegué a mi tren, mis pechos no explotaron, mi bebé pudo cenar, y ahora soy la directora del Whitney Humanities Center. Realmente, la mejor parte de esta historia es que a la mañana siguiente Roberto me llamó a Pennsylvania para disculparse

por su lenguaje durante esos últimos momentos de histeria frente al Mory's —¡como si una muchacha cubana de buena familia nunca hubiera escuchado antes la palabra «coño»! ¡Seguro!

Roberto es, por supuesto, aquel hombre tan loco, y lo que es sorprendente es que se habría tirado delante del taxi en el medio de la calle por cualquier otra persona. Misteriosamente, él es la personificación de la descripción de Quintiliano de un humanista: «Aquel que pone en conexión su vida pública y privada a través de un acto retórico que resulta eficiente porque ante todo es sabio; efectivo, porque ante todo es ético». Al final de su charla sobre lo que este centro debería ser, Giamatti afirmó: «En aquella visión antigua del ser cívico, tan actual, el lenguaje es el lazo que une las inquietudes morales privadas con una vida cívica equilibrada. Humanista es cualquiera que sea capaz de comprender ese lazo y de luchar en todo momento para fortalecer su sentido para nuestro bien común». Bart Giamatti en su cielo nos sonrío hoy —en parte porque estamos fuera de temporada de béisbol—, pero esta mañana, especialmente, al contemplar el bien común creado aquí por ese humanista ejemplar que es Roberto González Echevarría.



Alliens,  
A/L, 140 x 180 cm., 1999.